

era propiamente una payasada, que dentro de pocos años sería la irrisión de todos. En su opinión, también para vigorizar físicamente al hombre era menester, lo mismo que en las cosas morales, elevarse á los principios. Ahora bien; como la ciencia tenía asentado con firmeza que el hombre había sido, en la antigüedad remotísima, animal cuadrumano, habituado á estar la mayor parte del tiempo encima de las plantas, deducíase que, para restituir poco á poco á su cuerpo la salud, la fuerza y la agilidad que había perdido, se necesitaba volverlo á las plantas, ó sea discurrir un gimnasio que tuviese un solo fundamento y aparato único: «el árbol»; el árbol natural, por supuesto. El árbol, efectivamente, reunía en sí todos los aparatos; ofrecía el tronco para encaramarse; las ramas como barras fijas ó trapecios de suspensión; servían además para saltar de una á otra, para hacer ejercicios de equilibrio, ó para amaestrarse á caer desde las alturas; además, el árbol era el más higiénico de los gimnasios, ya por el oxígeno que exhalaba su follaje, ya por el color verde, que permitía á los ojos descansar. Debían, por consiguiente, los chicos acostumbrarse á comer, á dormir, á jugar y á estudiar en los árboles, y de este modo todas sus facultades físicas se desarrollarían rápida y armónicamente. Existía además una razón de correspondencia histórica, muy digna de ser tenida en cuenta; el árbol del paraíso terrenal había sido el símbolo de la ciencia del mal y del bien; el árbol de la libertad, el símbolo de la redención civil del hombre: el árbol de la gimnasia sería el símbolo de la regeneración física... El pensamiento, aparte de todo esto, necesitaba ser desarrollado con amplitud, y para ello estaba Calvi preparando una serie de artículos...

—Entonces ya veremos—dijo por último.—Por ahora me toca hacer de titiritero con los otros, porque así place á los grandes hombres que tienen en sus manos el timón.

Y terminó sonriendo con altivez:

—Acaso algún día los haré bailar á todos ellos.

Entre tanto continuaban las lecciones, que se señalaba casi diariamente por algún episodio. Una mañana

asistía el inspector al acto de pasar la lista de las maestras, y como faltase una, preguntó la causa á las compañeras; éstas se miraron unas á otras, y no contestaron; después una de ellas salió de las filas y fué á decir al inspector en voz baja que la ausente, que era ya madre de cinco hijos, había dado á luz el sexto durante la noche anterior...

—Pero ¿cómo?—exclamó el inspector.—¡Si asistía á la lección de ayer!

La pobre mujer, efectivamente, aunque se figuraba lo que sucedería, había ido al gimnasio para no perder la lección, y á la salida había sentido los dolores. En la misma lección se puso mala otra maestra, también *encinta*, cuando el ejercicio de la rotación de los brazos, y fué preciso que se la llevasen. Sin embargo, lo que para las personas de edad resultaba más molesto y más difícil, no era el ejecutar los movimientos, sino el aprender y conservar en la memoria la teoría. A varios de los viejos, que ya tenían la memoria algo debilitada, aquel tecnicismo acrobático soldadesco se les resistía horriblemente. Ya estaban á la mitad del curso, y uno de ellos, un setentón pequeñito, arrugado, con traje de terliz azul oscuro y que para andar necesitaba apoyarse en el bastón, no había logrado entender el por qué ni el cómo á la voz de «flanco derecho» ó «flanco izquierdo» los actuantes debían volver hacia el flanco derecho ó el izquierdo de ellos mismos, y no á los del que les enseñaba. Se equivocaba siempre, y desesperado se golpeaba la frente con su mano surcada de venas, y pateaba. Había también un pobre clérigo, seco, casi doblado en dos, vestido con una sotana de color de hierba seca y llena de telarañas; este infeliz á cada movimiento nuevo que se presentaba, pedía en voz baja al maestro, con el tono de quien pide un céntimo por amor de Dios, que le dispensase de hacerlo; el profesor, con mucha bondad, le persuadía á que probase. Pero cuando llegó al salto de la cuerda, aunque estaba tendida á la altura de un palmo del suelo, se negó obstinadamente á saltar, moviendo la cabeza y haciendo signos negativos con su mano temblorosa.

—Pero vea usted, reverendo padre, vea usted—le

dijo el maestro;—sólo se trata de saltar una vez para aprender la «posición de partida» y la posición de «llegada», á fin de poderlas enseñar á los niños; un salto nada más.

Pero el clérigo volvió á negarse, moviendo la cabeza, y el maestro hubo de renunciar á la empresa.

Las sesiones de las señoras eran un poco menos tristes, gracias á la maestra de Pieve, que, con su viveza y con su gracejo natural, las entretenía á todas. También aquí iba siempre con flores en la mano, vestida de claro, encarnada y fresca como una inglesa de diez y ocho años, y en los pocos minutos que tenían antes de la lección si no había cerca maestros, ensayaba su agilidad en las paralelas ó saltaba la comba entre las sonrisas de sus compañeras rústicas algunas, y ya de edad madura, y cuyas simpatías había conquistado. Solamente las dos monjas miraban á otra parte, escandalizadas, y la señora Falbrizio que, en quince días había entablado relaciones con todas y sabía su vida y milagros, la censuraba con dulzura maternal, de corro en corro, manifestando que aquella exposición de medias blancas, por muy inocentemente que se llevase á cabo, no parecía bien, allí, á diez pasos de los maestros que la miraban de soslayo; tanto más, cuanto que la joven llevaba el vestido un poco demasiado corto, y también había allí oído ciertas conversaciones. Pero aquellas medias eran tan blancas, estaban tan admirablemente repletas, y tan bien ajustadas y tan lisas, que obtenían la indulgencia de las espectadoras menos benévolas. Al pasar cerca de un grupo de maestras, oyó Emilio á una buena mujer, de cabellos grises, que la defendía candorosamente.

—¡Bah! déjenla ustedes—decía;—¡pobre muchacha! Ella al menos honra aquí á la clase; demuestra que en el cuerpo docente no hay sólo pergaminos apollados.

En los últimos días Ratti conversó más especialmente con la maestra señorita Manca, de la que tan excelentes recuerdos conservaba. La primera vez que se encontraron le saludó ella, bajando la vista un poco avergonzada de presentarse tan envejecida. Muy aviejada estaba, efectivamente, para el tiempo que había

pasado, pero el semblante descolorido sobre el cual parecía que hubiese dejado una huella todas las amarguras y todas las humillaciones de su desdichada existencia de maestra rural, mostraba todavía la resignación dulce de siempre, y su cuerpo delgado conservaba la gracia monjil de los años pasados. Escuchando su voz recordó el joven, conmoviéndose, las tranquilas noches que había pasado en casa de la maestra, en compañía de la madre de ésta, cuando la señorita Manca trabajaba en un ornamento para el altar mayor de la iglesia. La madre vivía aún; nada nuevo había ocurrido en su vida. Otras doscientas niñas habían gozado de sus atenciones y de su cariño; otras cuatro visitas de inspector la habían hecho estremecerse por su pedazo de pan; otras cuatro preparaciones para exámenes la habían tenido en afares y sobresalto durante un mes, y la maestra había derramado algunas lágrimas por reproches inmerecidos ó por ingratitudes de las niñas: nada más. El maestro la preguntó por sus conocimientos de Piazzena. El cura era siempre el mismo; al expresarse así quiso la maestra indicar discretamente que no solamente vivía aún, sino que vivía de la misma manera. El alcalde había exagerado todavía más su pasión por el aseo y por el idioma; pero se había encontrado con un maestro más lingüista que él, con el cual disputaba acerca de los *que* y de los *cual* con tal furia, que se les oía desde la calle. El señor Biracchio siempre tan fuerte en su casucha.

—¿Y la señorita Fanari?—preguntó con viveza Emilio, sonriéndose.

La maestra sonrió también, comprendiendo que Ratti deseaba saber si al cabo se había descubierto el secreto famoso, y vaciló un tanto al entrar en aquella conversación difícil, que nunca había tocado con su compañero. Pero vió en los ojos del maestro tal curiosidad juvenil y tanta benevolencia para ella, que, venciendo la repugnancia y sin dejar de sonreír, contestó:

—No, el secreto no se ha descubierto: su compañera continuaba realizando sus habituales expediciones á Turín, siempre impenetrable, siempre serena; y todos continuaban sintiendo más curiosidad y más ira

que nunca, llevando á cabo investigaciones que á nada conducían. Por fin, habiendo sabido que la joven tenía un retrato en fotografía que miraba con frecuencia y que conservaba guardado en un estuche, habían sobornado á fuerza de oro á una criadilla suya para quitárselo durante uno de los viajes de su ama, con la esperanza de descubrir por fin quién fuese el amante misterioso; no bien se vieron dueños del estuche robado, habíanse echado sobre él cuatro ó cinco con la curiosidad que puede imaginarse.

—¿Y quién era?—preguntó Emilio.

—Era la fotografía—respondió la maestra con respeto,—de Su Santidad León XIII.

Y agregó á lo dicho, volviendo á sonreír, que la burla había exasperado á todos aquellos señores de un modo...

Emilio soltó una carcajada. Preguntó después cómo estaba «de corazón» el delegado de «las maestras».

—¡Ah, el abogado!—murmuró la señorita comprendiendo que la pregunta aludía á su pasión dominante.

El abogado había recibido un golpe cruel. Aquella hermosísima maestra del pueblo de Altosso que á todos encantaba y de la que tan apasionado estuvo, se había casado. Un ingeniero joven que había ido á veranear se enamoró perdidamente y acabó por casarse con ella, á pesar de que un tío del ingeniero, hombre muy rico se había hecho nombrar delegado de escuelas adrede para hacer que despidiesen á la maestra; el Provisor mismo intervino para protegerla contra la persecución del tío, y había conseguido de éste que diese su consentimiento. La boda se había verificado en el pueblo, y cuando los novios habían partido, una nube de niños y de muchachas, todas las autoridades y la mitad del vecindario habían acompañado hasta una milla fuera del pueblo al carruaje, y lo habían llenado de flores. Después la esposa, tornando al pueblo en el verano siguiente, vestida como una princesa, más hermosa y mejor aún que antes, había dado un curso de lecciones dominicales á sus antiguas discípulas. Ahora tenía un hijo, y era dichosa. Mientras la madre decía esto, Emilio vió relampaguear en sus ojos aquella vaga expresión de tristeza que había echado

de ver otras veces: la tristeza de aquellos centenares de niños que en el transcurso de treinta años habían pasado por los bancos de la escuela sin que ella pudiese decir nunca á ninguno:

—Eres mío.

Llegó, por último, el día de los exámenes. Como éstos habían de ser públicos y como se sabía que debían asistir, entre otros, el Provisor, el Obispo y el Alcalde, la mayor parte de las maestras ancianas ó entradas ya en años se concertaron para lograr del inspector que ciertos movimientos no se ejecutasen en público, y hablaron dos días antes á la maestra de gimnasia. Esta no se opuso; pero para hacer las cosas en regla, formadas las alumnas en dos filas, ordenó que las que desearan ser dispensadas de los mentados ejercicios diesen un paso al frente, y las demás permaneciesen quietas. Treinta y ocho dieron un paso al frente; sólo permanecieron atrás las dos jóvenes. La solicitud fué elevada al inspector, el cual la sometió al Provisor; éste, después de haberse tomado tiempo para reflexionar, otorgó su consentimiento. Sin embargo, cuando se hallaron ante aquella muchedumbre de personajes, en el día solemne, la mayor parte de los examinandos tenían el aspecto de personas que se preparasen más á dar lo que vulgarmente se llama el gran salto, que á dar saltos de gimnasia infantil: de tal manera se hallaban todos atemorizados y confusos. Todos se habían puesto lo mejorcito que tenían; los ancianos estaban afeitados; las mujeres se presentaron peinadas. De una parte del gimnasio había una gran masa de convidados, todas personas de suposición; algunas de las cuales, asistiendo á los ejercicios, no dieron muestra de delicadeza más exquisita que la que hubo en el pensamiento de invitarlas. Manifestábanse en este espectáculo lo mismo que están de ordinario algunas gentes en ciertas carreras de animales cojos y decrepitos que se celebran en algunos pueblos; solamente que en tales casos hay, por lo menos, algún periodiquito de provincia que al domingo siguiente califica de bárbaro el espectáculo y llama villanesca la hilaridad del público. Lo que causaba mayor pena, habiendo sido admitidos en el gimnasio los hijos de

algunas de las examinadas, era el ver á los más pequeños reirse de las muecas grotescas y de la vergüenza de sus madres; los mayorcitos, que ya comprendían las cosas, ofendíanse por las sonrisas de los espectadores como por una afrenta. Una viejecita se desmayó. El clérigo, resbalando al saltar, cayó de rodillas. Pero no sobrevinieron más accidentes. El espectáculo acabó bien. No faltó sino la carrera en el saco.

EL SEGUNDO AÑO EN CAMINA

DÍAS OSCUROS

Cuando regresó Emilio á Camina había ya bastantes forasteros veraneando, y cada día se escuchaba un rumor nuevo, que daba la vuelta á todo el pueblo:

—La familia Borelli llegó anoche. Hoy llega la señora del ingeniero. Ya han pasado los equipajes de la casa Fiorini.

Pero con la época del veraneo pareció que empezaban para el joven las malandanzas. Una de las familias llegadas á última hora fué la de un profesor de la Universidad de Génova, quien le llamó para que repasase á su hijo que había quedado suspenso en los exámenes de grado de la escuela elemental. Había en aquella casa una señorita joven, como de diez y siete años, hermosa, y que debajo de una carita pálida y sentimental ocultaba una coquetería feroz, una monomanía invencible de tirar al blanco con sus ojos sobre el primero que llegaba, así como para ejercitarse y pasar el tiempo, seduciendo también á su víctima con un halago particular, que consistía en contener un tanto la respiración y dejar después paso á un suspiro, como si una conmoción muy honda perturbase su corazón. Esta niña comenzó de pronto á cruzar miradas y á fingir palpitaciones repentinas con el pobre Emilio Ratti, el cual, sin abrigar ilusión alguna, experimentó gran halago de su amor propio, pensando que si bien todo aquello no era en la muchacha más que un ca-

La novela de un maestro—Tomo II—12